

Las naves de Hernán Cortés no se quemaron

Fin de la «segunda noche triste» entre dos pueblos

A la caída de Porfirio Díaz (que hace ahora justamente un siglo, comenzó su segunda presidencia, luego convertida, en la etapa siguiente, en larguísima dictadura) se sucedieron en la jefatura del Estado mejicano, entre otros caudillos y generales, Madero, Huerta, Carranza, Obregón, Plutarco Elías Calles, Portes Gil, Ortiz Rubio y Abelardo Rodríguez, bajo cuyo Gobierno se realizó en los jardines del Buen Retiro de Madrid una muy meritoria exposición de trabajos realizados en las escuelas mejicanas por alumnos de los grados inferiores. El intercambio cultural y artístico estaba en el orden del día entre Méjico y España. Hasta que comenzó una "segunda noche triste" entre los dos países, aquellas fraternas relaciones no se interrumpieron. Ello aconteció durante la presidencia del general Lázaro Cárdenas, el hombre que nacionalizó los petróleos mejicanos contra viento y marea. Pero la "segunda noche triste" no fue total durante los cuarenta años transcurridos. Fueron y vinieron artistas, acotres, cantantes, hombres de negocios, toreros, poetas, ensayistas y maestros de maestros. Hace veinte años me encontré con don José Vasconcelos en su despacho de la dirección de la Biblioteca Nacional de la ciudad de Méjico y me expuso su creencia de un reencuentro que borrarse el paréntesis abierto; un paréntesis durante el que han desfilado por la presidencia de Méjico (después de Cárdenas) Manuel Avila Camacho, Miguel Alemán, Adolfo Ruiz Cortines, Adolfo López Mateos, Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría. Un paréntesis que ha cerrado José López Portillo—"Don Pepe"—, un descendiente de riojanos españoles.

Comentaba yo mi viaje con Manuel Aznar. Y él apostilló: —Entre todos los pueblos americanos, tal vez sea el mejicano el más español. Los mejicanos tienen de la vida el mismo sentimiento fatalista, heroico, trágico y hasta despectivo que los españoles. Son tan toreros (o mejores) como los españoles y sus cristeros fueron durante la revolución tan fanáticos como nuestros navarros en las guerras carlistas.

Los periódicos de Méjico destacan hoy a toda página con alborozado contento el fin del paréntesis de la "segunda noche triste" hispano-mejicana. Las naves de Hernán Cortés no se quemaron. Siguen navegando.

Raimundo DIAZ-ALEJO